

el corazón en braille



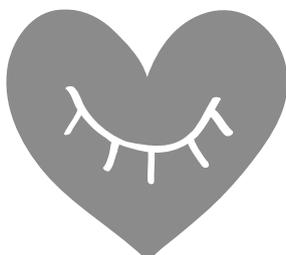
pascal ruter

pascal ruter

## *El corazón en braille*

pascal ruter

# el corazón en braille



Traducción de José Luis Aja

ANAYA

Título original: *Le coeur en braille*  
Autor: Pascal Ruter

1.ª edición: noviembre de 2017

© Didier Jeunesse, París, 2012  
© De la traducción: José Luis Aja, 2017  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

ISBN: 978-84-698-3494-7  
Depósito legal: M-22670-2017  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

*A Delphine*

# 1

Sonó el despertador y, poco después, oí a mi padre subiendo las escaleras. Cuando llegó a mi habitación abrió la puerta de par en par.

—¡Venga, arriba! ¡Ha llegado el gran día!

Yo seguía en la cama y mi padre me zarandeó para que me despertara.

—¡Date prisa! ¡Vas a llegar tarde!

Luego, rebotante de energía, bajó de nuevo por las escaleras. La verdad es que, por culpa de las vacaciones, las prisas matinales me pillaban desentrenado. Aquella mañana, al margen de la vuelta a clase, mi cerebro estaba aturcido, como envuelto en la niebla. Oía cierto ajeteo en el piso de abajo. Mi padre debía de estar muy ocupado preparando el desayuno y yo me sentía acunado por aquellos ruidos familiares. Ya iba a sumergirme de nuevo en el sueño cuando gritó:

—¿Vas a levantarte ya o tengo que llamar a la grúa?

Di un brinco y, dudando como si estuviera a punto de zambullirme en el agua fría, decidí correr el riesgo de sacar un pie fuera de la cama. Luego, a ciegas, agarré unos

pantalones y una camiseta. «Lo siento por la coquetería», pensé. Mientras bajaba las escaleras tenía la sensación de pesar una tonelada.

Mi padre, en la cocina, me había preparado un tazón de chocolate caliente cuyo aroma se propagaba por la casa y la niebla que envolvía mi cerebro empezaba a despejarse.

—¿Listo? —me preguntó mientras yo me bebía el chocolate. Arqueaba las cejas mientras movía la mano derecha desde la distancia como si estuviera dándome un masaje para despertarme. Yo aparentaba tener la situación bajo control.

—Creo que sí, pero nunca se sabe, ¿no?

Se puso a lavar los platos y, antes de volver a meterse en la cama, me dijo:

—Límpiate esos bigotes de chocolate. ¡La apariencia es importante!

Yo, encogiéndome de hombros, me senté en el salón. Estaba comenzando a salir el sol y ya había luz en el patio. Las hojas de los árboles, que empezaban a caerse, parecían mariposas secas sobre la tierra. Se hacía tarde, así que fui a buscar la mochila. Me pareció pequeña, como si hubiera encogido, y me dije que no debía de ser demasiado peligrosa: no tenía intención de que los problemas que contenía me intimidaran durante aquel curso. La abrí y le eché un vistazo. Lo primero que vi fue la lista del material y me dije, con gesto de fastidio, que no se la había dado a mi padre. Un olvido. Aunque él, por su parte, también tendría que haberse dado cuenta. Así es como funcionan los equi-pos.

Ya iba a pasar por su habitación para recordárselo cuando me di cuenta de que tampoco era para tanto... Empecé a vaciar la mochila para ver qué había dentro y hacer una especie de inventario. Saqué varios lápices reducidos al mínimo y uno de los extraños dibujos que hacía el honorable Haissam: un manzano con un montón de manzanas rojas alrededor del tronco. Hecho un mar de dudas, decidí colgar el dibujo en la pared. ¿Qué habría querido decir con ese dibujo? Casi nunca entiendo nada de lo que pinta ni de lo que dice. Y si le pido explicaciones entiendo menos todavía. En la mochila había también un ejercicio de quinto, calificado con un tres y el comentario «Tiene que mejorar», así como una foto, arrancada de una revista. Era una mujer muy delgada, con un traje de baño muy corto. Puse la mochila boca abajo y la sacudí para vaciarla, diciéndome a mí mismo que la sensación de novedad infunde ánimos.

Ahora me parecía muy ligera. Y es que una mochila sin material pierde su utilidad por completo. Entonces recuperé dos o tres cuadernos del año anterior que estaban dando vueltas en el fondo de un cajón.

Mi situación escolar no mejoraba en absoluto a pesar de los cambios organizativos. Tuve que ajustar también los tirantes de la mochila y aflojarlos un poco porque me hacían daño en los hombros. Me dije que había crecido, y para comprobarlo fui a mirarme en el espejo que había dentro del armario: efectivamente, me veía alto y la mochila parecía menos voluminosa.

Estaba contento, pues ser ancho de espaldas es importante en la vida.

Antes de salir grité un escéptico «¡Hasta luego!». Papá, por supuesto, no me respondió.

No era culpa suya. Seguramente habría vuelto muy tarde de la ciudad y, como siempre, había intentado no despertarme. Necesitaba recuperarse.

Era una mañana gris, aunque no hacía frío. El Panhard estaba aparcado en el patio. El día anterior, papá se había pasado todo el tiempo ajustando los balancines de su coche predilecto y los tubos de engrase le dieron unos problemas terribles. Yo le sugerí que desmontara todo el circuito del aceite, lo que resultó ser la solución. Ya estaba en la cama cuando papá salió a hacer el reparto. Pude oír el motor M10S rugiendo a todo meter, como Dios manda, y me adormecí acunado por su sonido.

Cuando llegué al colegio había gente por todas partes. Pasé por delante de la portería donde trabajaba el padre de Haissam, pero no había nadie. Entonces me dirigí al patio, donde teníamos que reunirnos todos a la espera de la directora.

Aquello estaba a rebosar. Los padres observaban cómo se desarrollaba aquel primer día de clase desde detrás de la verja. Con la cabeza entre los barrotes, a los que se aferraban con las dos manos, parecían prisioneros buscando aires de libertad, y pensé que habían elegido una forma un tanto extraña de ver las cosas. La directora empezó a pasar lista. Nos pusimos en fila delante de nuestros tutores, y una vez que habían nombrado a todos los alumnos de la clase, nos conducían dentro del edificio. De este modo, las filas fueron desapareciendo del patio, que se vaciaba poco

a poco. Ya me estaba preguntando dónde se habría metido Haissam el honorable cuando una mano se posó sobre mi hombro. No hacía falta que me diera la vuelta: sabía que era él.

—Honorable egipcio —murmuré—, espero que estemos en la misma clase.

—Por supuesto.

Por fin me di la vuelta, pues tenía muchas ganas de verle la cara. Comprobé que había vuelto a engordar durante las vacaciones. Su enorme barriga estaba aprisionada dentro de una camisa a cuadros totalmente pasada de moda. Llevaba un pantalón de franela que le quedaba corto y dejaba al descubierto sus calcetines, cada uno de un color. Sus ojos sonreían tras las sempiternas gafas de concha.

Tenía el aire tranquilo y sereno del que sabe hacer bien las cosas. Nunca entendí por qué Haissam resultaba tan impermeable a las modas, pero, a fin de cuentas, eso era asunto suyo. Entonces me dio un codazo egipcio en el costado.

—¡Victor! ¡No está! ¡Conque faltando a clase el primer día! —gritaba la directora por megafonía.

Realmente no era el momento de pasar por un desierto; no tenía ganas de llamar la atención el primer día de curso. Era mejor esperar un poco.

—¡No, no! ¡Estoy aquí! —grité, gesticulando—. ¡Ya ve que me estoy poniendo en la fila!

Poco después, Haissam se puso detrás de mí. «Por supuesto», había vuelto a decir. Era el único chico de la clase

con el que me trataba, y mientras avanzábamos por los pasillos detrás del profesor, me dije que era la mejor forma de pasar desapercibido.

Nos sentamos en nuestros pupitres y el profesor nos pidió que rellenáramos una ficha con nuestros datos personales, pues a principios de curso necesitaban información sobre nosotros. Nunca entendí muy bien por qué, pero en fin... A mí también me habría gustado recibir información sobre los profesores, pero nunca llegué a plantearme esta necesidad; pensaba que, viniendo de mí, era un proyecto fallido. Sin embargo, habría resultado interesante saber dónde vivían, cómo eran sus familias y todo eso. Más interesante que muchas otras cosas.

Haissam, como de costumbre, se había sentado en la última fila. Me habría gustado que cambiara pero, al parecer, le apetecía estar solo en el fondo del aula. Me decía a menudo que era algo muy importante para él porque, durante el curso, se concentraba tanto que daba la sensación de que se había quedado dormido. Yo sabía que su grado de concentración era más denso que el sirope pero, al principio del curso, los profesores siempre caían en la trampa y pensaban que estaba amodorrado. Se quedaba con los ojos entreabiertos, los brazos cruzados y, a veces, apoyaba la barbilla sobre el pecho. Él decía que, en esos momentos, hacía «el cocodrilo del Nilo» y, aunque aparentemente dormitaba, absorbía toda la clase como una esponja. Reaccionaba ante cualquier palabra o a los cambios de entonación por parte del profesor igual que los cocodrilos, que parecen ausentes pero que pueden atrapar a cual-

quiera que se les ponga a tiro abriendo desmesuradamente la mandíbula.

El año anterior, el profesor había desarrollado en la pizarra un planteamiento matemático terrorífico, con un montón de raíces y fórmulas que, más que ciencia, parecían ciencia ficción. Mientras el profesor se movía de un lado a otro de la pizarra, el bueno del egipcio, tan tranquilo, seguía la explicación a su manera, es decir, dormitando perezosamente, sin escribir nada y con la barbilla inclinada sobre el pecho. Hasta que abrió un ojo y, educadamente, pidió la palabra.

—No es mi intención ofender, pero creo que todo eso se puede explicar de una forma más sencilla.

Se dirigió a la pizarra tranquilamente y cogió la tiza en medio de una expectación que parecía presagiar un milagro. En una esquina escribió una breve línea y el profesor se quedó con los ojos como platos, como si una puerta hacia el infinito se acabara de abrir ante él.

—Tienes toda la razón —dijo con una voz apagada que denotaba admiración.

Poco después se puso de baja por enfermedad, seguramente para volver a estudiar un montón de cosas.

Al rellenar la ficha de clase me pregunté cómo podía responder a la pregunta «profesión del padre». Decidí poner «comprador», pues me dije que aquello era lo más adecuado. También vendía, que quede claro, pero pensé que «comprador» era más misterioso y, sobre todo, más noble. Luego me vino algo a la cabeza. ¿Seguro que papá había puesto un colector de 0,15 al tubo de escape del

Panhard? Si no, corría el riesgo de no llegar demasiado lejos con aquellos balancines. Aquello me dejó tan inquieto que, por un momento, dejé de prestar atención al profesor.



Cuando terminaron las clases de la mañana me encontré con Haissam en el patio. Parecía una lechuza, con aquellas gafas de concha tan gruesas. Nos dirigimos a la portería de su padre caminando lentamente, pues Haissam siempre caminaba con paso cadencioso —por eso lo llamaba yo Haissam el honorable. De hecho, él siempre se presentaba así, diciendo, como si se hubiera tragado una grabación: «Haissam es un nombre egipcio que merece todos los honores».

Su padre lo esperaba frente a un tablero de ajedrez, junto al que había un montón de gominolas. Mi compañero era todo un filósofo. Un día me dijo que, en su opinión, las pirámides de Egipto eran la prueba evidente de que todos los pueblos son incorregibles, pues tienen una tendencia natural al desaliento y a actuar cada vez menos. En ese momento no entendí muy bien lo que quería decir. Por la tarde se lo pregunté a mi padre, que se partió de risa; él me había aconsejado que no hiciera demasiado caso a Haissam, pues debía de ser bastante pesimista. Entonces busqué la palabra en el diccionario, un regalo de mi padre para motivarme con los estudios, y encontré:

Pesimismo: «tendencia a pensar que todo va mal o que va a ir mal».

En fin, el caso es que aquel día me quedé viéndole jugar al ajedrez con su padre mientras el colegio se vaciaba y yo me atiborraba de gominolas. Los gestos de Haissam, lentos y parsimoniosos, se parecían a los de un mago. Una perpetua sonrisilla se dibujaba en los labios finos de su padre. Casi nunca hablaban entre ellos. Mi compañero de clase, entre jugada y jugada, se comía una gominola, que masticaba esperando la reacción de su padre. Los restos de azúcar en polvo caían sobre su camisa a cuadros y flotaban durante unos instantes sobre el tablero. Una sensación de paz y de complicidad los envolvía silenciosamente bajo aquella nube azucarada.

Me gustaba ser el último en entrar y el último en salir del colegio, algo que Lucky Luke no lograba entender. Comparar al jefe de estudios con Lucky Luke había sido una genialidad de Haissam: era como un Lucky Luke bretón. A veces, alguna cabeza asomaba por la puerta de la portería para pedir información al padre de Haissam, que respondía con un gesto vago. Unos cuantos misterios envolvían a mi compañero de clase: ¿cómo era posible que Haissam fuera tan gordo y su padre tan flaco? ¿Por qué Haissam tenía un nombre egipcio si su padre era turco? Y, sobre todo, ¿por qué este egipcio tan honorable festejaba el *sabbat*, una fiesta que no era ni egipcia ni turca? Yo no entendía muchas cosas de mi compañero. A veces buscaba en el diccionario que me había regalado mi padre, pero ni siquiera allí encontraba las respuestas. Entretanto, mientras miraba cómo jugaban al ajedrez, me atiborraba de gominolas.



—Bueno, ¿qué tal ha ido todo? —me preguntó mi padre, asomando la cara llena de grasa bajo el capó del Panhard.

Yo suspiré.

—Todavía no, por favor...

Mi padre frunció el ceño con desconfianza. Al final del curso anterior había prometido a las autoridades del colegio, y sobre todo a Lucky Luke, que me iba a vigilar de cerca. Para darme ánimos me había comprado *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas, y el diccionario que ya he mencionado anteriormente. Yo le pregunté:

—¿No se te ocurriría ayer ponerle un colector de 0,15 al tubo de escape? Si no, vas a fundir los balancines.

Mi padre se encogió de hombros mientras limpiaba las herramientas.

—Oye, papá.

—Dime, hijo.

—¿Cuánto tiempo habrá tardado Alejandro Dumas en escribir *Los tres mosqueteros*?

—No lo sé...

—¿Un año?

—Puede... Yo creo que un poco más.

—¿Quizá tres años? A lo mejor un año por mosquetero.

—Pues a lo mejor.

—Otra cosa, papá...

Él estaba sentado en el asiento delantero del Panhard.

—Dime... Bueno, espera. Me voy a sentar antes de que dispares...

—Me gustaría saber... ¿Tú ibas bien en el cole?

Mi padre, muy seguro de sí mismo, actuó con cierta jactancia. Sonreía con la mirada perdida. Parecía zambullirse en sus recuerdos mientras se acariciaba suavemente la barbilla, como si quisiera arrancar chispas de su pasado.

—Sí, iba como un tiro.

—¿En qué asignaturas?

—En todas.

Orgullosa y triste al mismo tiempo, su sonrisa resultaba un tanto extraña y el rostro aparecía ligeramente deformado tras el cristal del coche.

De todas formas lo puse todo en duda, pues su deber como padre era el de dar ejemplo. Volví a entrar en casa, pensando que sería mejor preguntarle al día siguiente a Haissam el honorable sobre *Los tres mosqueteros* y sobre Alejandro Dumas. Antes de subir a mi habitación, que estaba en el segundo piso, me bebí un vaso de agua. Luego vacié mi cartera para colocar los nuevos libros de texto en una estantería que había montado para ellos. Colgué en la pared el horario de la semana, pues en quinto las había pasado canutas para recordarlo: confundía asignaturas, días y horas y, además, me equivocaba con el material. Nunca me llevaba lo que hacía falta. Por último forré mis cuadernos, después de escribir en la portada el nombre de la asignatura y el profesor correspondiente. Todo aquello me llevó su tiempo, pero me procuraba cierta aureola de niño bueno y formal.

Pensé que era un paso adelante. Un paso adelante en cuestiones de método. Y, digan lo que digan, el método es

importante. Luego bajé al salón y le pregunté a mi padre si podíamos preparar un arroz al estilo egipcio, según la receta que me había dado Haissam. Durante la cena, mi padre me preguntó, con un aire tan solemne que me asustó un poco:

—¿Te gustan los profesores de este curso?

Por lo que se ve, se había tomado en serio la promesa que le había hecho a Lucky Luke. Quería asegurarse de que empezaba el curso por el buen camino. Y yo asentí con un arrebatado de sinceridad para que se quedara tranquilo.

—Ya sabes, hijo mío, que te juegas el curso en los primeros días. Todo es empezar con buen pie: sin demasiados excesos, pero con esfuerzo. Claro que las cosas se pueden ir al garete... Ten cuidado y no te quemes al principio.

Luego me puso una mano sobre el hombro.

—La vida, hijo mío, es como una etapa de montaña, y no como una contrarreloj. Recuérdalo siempre.

¿Cómo podía estar tan seguro de ello? Al parecer, a él también le había entrado la manía de los símbolos.

—Hay demasiadas cuestras para mí y no hago nada más que derrapar. Además, ya sabes que el sillín de la bici se me clava en el culo. No es que quiera desanimarte, pero tienes que buscarte otra manera de apoyarme y de enseñarme las lecciones de la vida.

Quitamos la mesa y nos sentamos frente a frente, en unos sillones que estaban medio desfondados. Yo empecé el juego, pues la tarde anterior había perdido:

—¿En qué año Panhard & Levassor patentaron la suspensión sobre tres puntos de apoyo?

Se paró a pensar durante unos segundos y dijo, con aire de indiferencia:

—Qué fácil: el 14 de febrero de 1901. Ahora me toca a mí. ¿Cuándo salió al mercado el primer modelo de Panhard con radiador?

Cerré los ojos para concentrarme. Primer modelo de Panhard con radiador... con radiador...

—¡Ya me acuerdo! En 1897. En la carrera París-Dieppe. Mi padre, tras un silbido de admiración, se levantó del sillón: tenía trabajo.

—Parece mentira que te hayas aprendido de memoria el manual Krebs y que luego...

Comprendí adónde quería ir a parar y, aunque tenía razón, no era el momento de echarme la bronca.

—Ya sé lo que quieres decir, papá, pero vamos a dejarlo, ¿vale?

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que Nelson Mandela era el delantero centro de un equipo de segunda división? El Auxerre, creo...

—No te rías de mí.

Estuvimos un rato de broma, recordando los piques del pasado.

—Vas a ver la que te tengo preparada para mañana —me dijo, blandiendo el manual Krebs—. No vas a ser capaz de adivinarlo.

—Yo también te tengo otra preparada. Y seguro que no tienes ni idea.

Luego, en mi habitación, eché un vistazo a los horarios que había colgado en la pared y me entró la depresión. Al día siguiente tenía clase a las 8:30 y me acordé de lo que me había dicho mi padre: «Lo más importante es el principio de curso: no hay que empezar de forma brusca, pero conviene ir rápido desde el primer momento». El libro de Alejandro Dumas estaba sobre la mesilla de noche. Seguramente yo iba a tardar más tiempo en leerlo de lo que había tardado el autor en escribirlo, pues iba todavía por la página cuatro. Así que preferí hojear un poco el manual Krebs, que es algo así como la Biblia del Panhard, porque quería pillar a mi padre en un renuncio.



Victor vive con los sentimientos a flor de piel. Artesano de las palabras, es un apasionado del rock. Le gusta, además, hincharse de gominolas con su mejor amigo, y le divierte esconder el papel higiénico del baño de las chicas.

El colegio siempre ha sido para él como hacer *puenting* pero sin cuerda. Hasta que un día, Marie-José, que padece una enfermedad degenerativa, irrumpe en su vida.

Ella es un auténtico cerebritito; él, algo vago y mal estudiante. Ella quiere disimular su enfermedad hasta conseguir su sueño: entrar en una de las mejores escuelas de música; él necesita orden en su vida.

Cuando se encuentran, un universo totalmente nuevo se abre ante ellos.

**«Ciertas personas no necesitan la palabra para comunicarse. Del mismo modo que otras no necesitan los ojos para ver».**

1578283

ISBN 978-84-698-3494-7



9 788469 834947

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)